Hace seis años, de rodillas ante el lecho de muerte de Juan Pablo II

Por el ceremoniero pontificio Konrad Krajewski

CIUDAD DEL VATICANO , sábado, 2 de abril de 2011 (ZENIT.org).- En el sexto

aniversario de la muerte del Papa Juan Pablo II, y a sólo un mes de su

beatificación, presentamos el testimonio del ceremoniero pontificio

monseñor Konrad Krajewski, publicado en "L'Osservatore Romano".

\* \* \*

Estábamos de rodillas en torno al lecho de Juan Pablo II. El Papa yacía en

penumbras. La suave luz de la lámpara iluminaba la pared pero él era bien

visible. Cuando llegó la hora de la que, pocos instantes después, todo el

mundo habría sabido, de improviso el arzobispo Dziwisz se levantó. Encendió

la luz de la habitación, interrumpiendo así el silencio de la muerte de

Juan Pablo II. Con voz conmovida, pero sorprendentemente firme, con el

típico acento de montaña, alargando una de las sílabas, comenzó a cantar:

"A Ti, oh Dios, te alabamos, a Ti, Señor, te confesamos". Parecía un tono

proveniente del cielo. Todos mirábamos maravillados a monseñor Stanislaw

[su secretario personal nde.]. Pero la luz encendida y el canto de las

palabras que seguían - "A Ti, eterno Padre, toda la tierra te venera..." -

daban certeza a cada uno de nosotros. He aquí - pensábamos - que nos

encontramos en una realidad totalmente diversa. Juan Pablo II ha muerto:

quiere decir que él vive para siempre. Aunque el corazón sollozaba y el

llanto estrechaba la garganta, comenzamos a cantar. Ante cada palabra

nuestra voz se volvía más segura y más fuerte. El canto proclamaba:

"Vencedor de la muerte, has abierto a los creyentes el reino de los

cielos".

Así, con el himno del Te Deum, glorificamos a Dios, bien visible y

reconocible en la persona del Papa. En cierto sentido, esta es también la

experiencia de todos aquellos que lo encontraron en el curso de su

pontificado. Quien entraba en contacto con Juan Pablo II, encontraba a

Jesús, a quien el Papa representaba con todo de sí mismo. Con la palabra,

el silencio, los gestos, el modo de orar, el modo de entrar en el espacio

litúrgico, el recogimiento en sacristía: con todo su modo de ser. Se lo

notaba inmediatamente: era una persona llena de Dios. Y para el mundo se

convirtió en signo visible de una realidad invisible. También a través de

su cuerpo destrozado por el sufrimiento de los últimos años.

A menudo bastaba mirarlo para descubrir la presencia de Dios y, así,

comenzar a rezar. Bastaba para ir a confesarse: no sólo de los propios

pecados sino también de no ser santos como él.

Cuando dejó de caminar y, durante las celebraciones, se volvió totalmente

dependiente de los ceremonieros, comencé a darme cuenta de que estaba

tocando a una persona santa. Tal vez hacía irritar a los penitenciarios

vaticanos cuando, antes de cada celebración, iba a confesarme, siguiendo un

imperativo interior y sintiendo una fuerte necesidad de ello. Tenía

necesidad de recibir la absolución para estar junto a él. Cuando se está

junto a una persona santa, cuando el hombre de algún modo toca la santidad,

esta se irradia en toda la persona. Pero, al mismo tiempo, se experimenta

sobre la propia piel también la tentación: evidentemente al espíritu

maligno no le gusta el aire de santidad. Cuando, hacia las tres de la

madrugada, salí del apartamento del Palacio Apostólico, en Borgo Pio había

una multitud de gente: caminaba en el silencio más recogido. El mundo se

había detenido, se había arrodillado y había llorado.

Estaba quien lloraba sólo por el hecho de haber perdido a una persona

amada y luego volvía a casa así como había venido. Y estaba quien, a las

lágrimas exteriores, unía las interiores, que surgían del sentirse

inadecuados e infieles frente al Señor. Este llanto era bendito. Era el

comienzo del milagro de la conversión. En todos los días sucesivos, hasta

el funeral del Papa, Roma se convirtió en un cenáculo: todos se

comprendían, aún si hablaban lenguas diversas.

Estuve en contacto con el Papa por siente largos años: durante su vida,

pero también cuando su alma se separó del cuerpo. En el momento de la

muerte quedaron con nosotros sólo los restos mortales que se transformarán

en polvo: el cuerpo se desvanece y la persona es acogida en el misterio de

Dios.

Entre las tareas de los ceremonieros está también la de encargarse del

cuerpo del Papa difunto. Lo hice por siete largos días, hasta el funeral.

Poco después de su muerte, vestí a Juan Pablo II junto a tres enfermeras

que lo habían seguido por largo tiempo. Si bien ya había transcurrido una

hora y media del deceso, ellas continuaban hablando con el Papa como si

estuviesen hablando al propio padre. Antes de ponerle la sotana, el alba,

la casulla, lo besaban, lo acariciaban y lo tocaban con amor y reverencia,

precisamente como si se tratase de una persona de familia. Su actitud no

manifestaba sólo la devoción al Pontífice: para mí representaba el tímido

anuncio de una beatificación cercana. Tal vez es por esto que no me he

dedicado nunca a rezar intensamente por su beatificación, desde el momento

en que ya había comenzado a participar.

Cada día celebro la Eucaristía en las Grutas Vaticanas. Observo cómo los

empleados de la basílica y todos aquellos que se dirigen al trabajo en los

diversos dicasterios y oficinas del Vaticano, los gendarmes, los

jardineros, los choferes, comienzan la jornada con un momento de oración

frente a la tumba de Juan Pablo II: tocan la lápida y le dan un beso. Y así

todas las mañanas.

Desde el 2000 el Papa había comenzado a debilitarse cada vez más. Tenía

grandes dificultades para caminar. Preparando el gran Jubileo con el

arzobispo Piero Marini esperábamos que al menos pudiese abrir la puerta

santa. Era casi imposible pensar en el futuro. Mientras me encontraba en

las montañas polacas, una vez escuché esta afirmación: "Todavía no nos

conocemos porque no hemos sufrido juntos". Con monseñor Marini participamos

por cinco largos años en los sufrimientos del Papa, en su heroico combate

consigo mismo para soportar el sufrimiento. Me vienen a la mente las

palabras del salmo 51: "Purifícame con el hisopo y quedaré limpio", que se

pueden entender también así: "Tócame con el sufrimiento y seré puro".

Estar con Juan Pablo II quería decir vivir en el Evangelio, estar dentro

del Evangelio. En los últimos años del servicio junto a él me di cuenta de

que la belleza está siempre ligada al sufrimiento. No se puede tocar a

Jesús sin tocar la cruz: el Pontífice estaba tan probado, se puede decir

martirizado por el sufrimiento, pero tan extremadamente bello, en cuanto

que con alegría ofreció todo esto que había recibido de Dios y con alegría

restituyó a Dios todo lo que de Él había tenido. La santidad, de hecho, -

como decía la Madre Teresa de Calcuta - no significa sólo que nosotros

ofrecemos todo a Dios sino también que Dios toma de nosotros todo aquello

que nos ha dado. El atleta que caminaba y esquiaba en las montañas ahora

había dejado de caminar; el actor había perdido la voz. Poco a poco se le

había quitado todo.

Antes de comenzar las exequias, monseñor Dziwisz y monseñor Marini

cubrieron el rostro del Papa con un paño de seda, un símbolo de muy

profundo significado: toda su vida estuvo cubierta y escondida en Dios.

Mientras realizaban este gesto, estaba junto al ataúd y tenía en la mano el

Evangeliario, otro signo fuerte. Juan Pablo II no se avergonzaba del

Evangelio. Vivía según el Evangelio. Resolvía según el Evangelio todos los

problemas del mundo y de la Iglesia. Según el Evangelio construyó toda su

vida interior y exterior.

El misterio de Juan Pablo II, es decir, su belleza, se expresa muy bien a

través de la oración del Papa Clemente XI que se encontraba en los antiguos

breviarios: "Quiero todo lo que Tú quieres, lo quiero porque Tú lo quieres,

lo quiero cómo y cuándo Tú lo quieres". Quien pronuncia estas palabras con

el corazón se vuelve como Jesús que, humilde, se esconde en la hostia y se

ofrece para ser consumado. Quien hace propias estas palabras comienza a

vivir con el espíritu de adoración del Santísimo Sacramento.

Siguiendo al Pontífice en los viajes apostólicos, durante los largos

vuelos, me preguntaba a menudo: ¿dónde está el centro del mundo?

Trece días después de su elección, con algunos de sus colaboradores, el

Papa se dirigió cerca de Roma a la Mentorella, donde está el santuario de

la Madre de las Gracias. Preguntó a sus compañeros de viaje: "¿Qué es más

importante para el Papa en su vida, en su trabajo?". Le sugirieron: "¿Tal

vez la unidad de los cristianos, la paz en Oriente Medio, la destrucción de

la cortina de hierro...?". Pero él respondió: "Para el Papa lo más

importante es la oración".

En mi país existe este dicho: "El rey está desnudo frente a los ojos de

sus siervos". Cuanto más comenzábamos a conocer a Juan Pablo II, tanto más

estábamos convencidos de su santidad, la veíamos en cada momento de su

vida. Él no oscurecía a Dios. Si quisiera indicar lo más importante para la

vida sacerdotal y para cada uno de nosotros, mirándolo a él podría decir:

no cubrir ni ofuscar a Dios con uno mismo sino, al contrario, mostrarlo y

convertirse en el signo visible de su presencia. A Dios nadie lo ha visto,

pero Juan Pablo II lo hizo visible a través de su vida.

Cuando rezaba, tuve la impresión de que se echaba a los pies de Jesús.

Cuando rezaba, sobre su rostro era visible la entrega total a Dios. Era

realmente transparente: era, por usar una imagen poética, como el arco iris

que une el cielo con la tierra, y su alma corría por las escaleras de la

tierra al cielo. Vuelvo ahora a la pregunta: "¿Dónde está el centro del

mundo?".

Poco a poco comencé a darme cuenta de que el centro del mundo estaba

siempre donde yo me encontraba con el Papa: no porque estaba con Juan Pablo

II sino porque él, en cualquier lugar que se encontrase, rezaba. Entendí

que el centro del mundo está donde yo rezo, donde yo estoy junto a Dios, en

la más íntima unión que existe: la oración. Estoy en el centro del mundo

cuando camino en la presencia de Dios, cuando "en él vivo, me muevo y

existo" (cfr. Hechos de los Apóstoles 17, 28). Cuando celebro o participo

en la Eucaristía estoy en el centro del mundo; cuando confieso y cuando me

confieso, en el confesionario está el centro del mundo; el lugar y el

tiempo de mi oración constituyen el centro del mundo porque, cuando rezo,

Dios respira dentro de mí. El Papa permitió a Dios respirar a través de él:

cada día pasaba mucho tiempo frente al tabernáculo. El Santísimo Sacramento

era el sol que iluminaba su vida. Y él, frente a aquel sol, iba a

calentarse con la luz de Dios. La vida de Juan Pablo II estaba entretejida

de oración. Tenía siempre entre los dedos la coronilla del rosario, con la

cual se dirigía a María confirmando su Totus tuus.

Una vez, después del accidente de 1991, el cardenal Deskur llevó al Papa

un recipiente con agua bendita de Lourdes y le dijo: "Santidad, cuando lave

la parte que duele, deberá rezar el Ave María". Juan Pablo II respondió:

"Querido cardenal, yo digo siempre el Ave María".

Mi tarea en la Oficina para las Celebraciones Litúrgicas consiste en

cuidar, bajo la guía del maestro, las celebraciones pontificias, y no en

escribir artículos o preparar conferencias. Así ha sido por trece años.

Después del 2 de abril de 2005, cuando alguien me pide que de testimonio de

Juan Pablo II, respondo a menudo: "¡Sí, con gran alegría!". E invito a

tomar parte cada jueves en la misa frente a su tumba en las Grutas

Vaticanas. Así como invito a dirigirse a la iglesia del Espiritu Santo en

Sassia, donde cada tarde se recita la coronilla de la Divina Misericordia

seguida del Vía Crucis. Cada jueves a la tarde se encuentran en mi

apartamento sacerdotes que trabajan o estudian en Roma, religiosas y

laicos. Juntos rezamos las Vísperas, oramos y nos sentamos en la mesa

común. Reunirse en oración y estar juntos para reencontrarnos en el centro

del mundo: esto lo he aprendido de Juan Pablo II.

No me extraña que el Papa sea beatificado en el domingo de la Divina

Misericordia, si bien es una sorpresa de la Providencia el hecho de que

este año coincida con el 1º de mayo. De este modo, aquel día se hablará

principalmente de santidad. Benedicto XVI y Juan Pablo II transformarán

aquella ocasión en un evento religioso inédito en la historia: una

procesión de mayo hacia la santidad y la oración.

[Traducción: La Buhardilla de Jerónimo]

Envía esta noticia